

50 RF-C/COL

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1913 A 1914

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL DOCTOR

D. RAMÓN COLL Y PUJOL

CATEDRÁTICO

DE LA FACULTAD DE MEDICINA



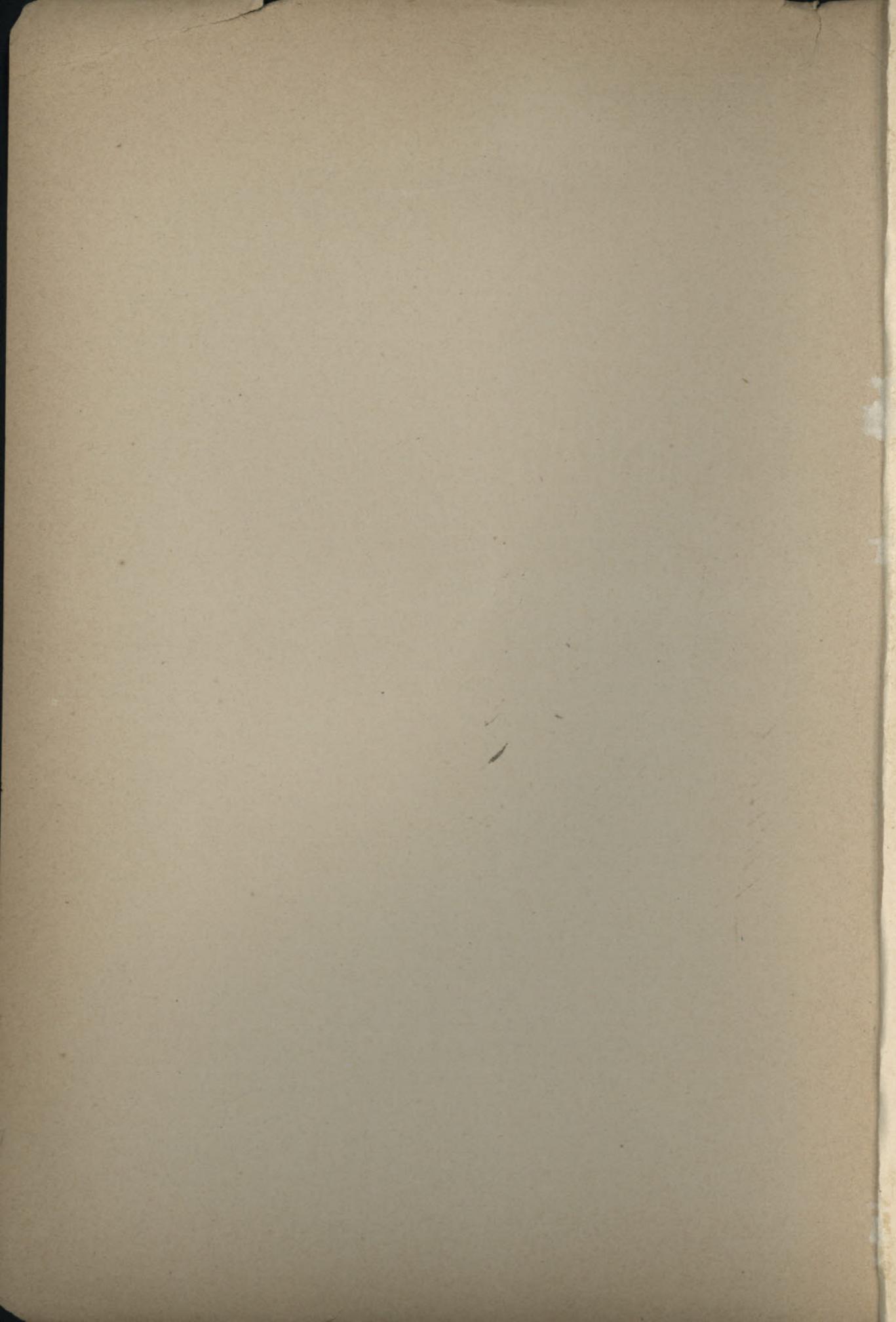
Biblioteca Prov^{al} Univ^{ria}
MEDICINA
BARCELONA

BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA H^{nos} Y RUSSELL

RONDA UNIVERSIDAD, 6 : TELÉFONO 861

1913



DISCURSO INAUGURAL

DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA
SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO
DE 1913 A 1914
ANTE EL CLAUSTRO

DE LA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL DOCTOR
D. RAMÓN COLL Y PUJOL

CATEDRÁTICO
DE LA FACULTAD DE MEDICINA



BARCELONA
TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA H^{ROS} Y RUSSELL
RONDA UNIVERSIDAD, 6 : TELÉFONO 861
1913

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701019216



DISCURSO INAUGURAL

DEL AÑO 1913

SOLLENNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DEL AÑO 1913 A 1914

EN EL RECTORADO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DE LA

D. RAMON COLL Y PUJOL

RECTOR

DE LA FACULTAD DE MEDICINA



BARCELONA

Impreso en la imprenta de la Universidad de Barcelona, en el número 1174 y 1175 de la calle de la Universidad, s/n.

1913

SEÑORES :

LA muerte ha venido a interponerse entre este Discurso inaugural y la personalidad conspicua que un acto tan solemne debía presidir. A la imprenta le entregué en 1.º de septiembre, por amistosa indicación del muerto que lloramos; que si así no hubiera sido, y este pobrísimo trabajo lo hubiera tenido que escribir en estos días de letal congoja, os juro, señores míos, que no me hubiera sido posible componerlo, pues que mi ánimo, sin fuerzas para tanto — aun siendo como es tan poca cosa — se hubiera refugiado a la región del sentimiento, en donde sólo se llora, y en donde, por consiguiente, no se piensa.

Ha muerto el Rector de la Universidad de Barcelona; el sabio, el caballero, el hidalgo, el noble, el digno, el valiente defensor de sus derechos, el estricto observador de todos sus deberes. Ha muerto el maestro; el padre de los discípulos, el compañero de todos; para mí, el amigo más querido.

Pero, si ha muerto su cuerpo, y, por el imperio de las leyes naturales, se está ya deshaciendo tan

gallarda y espléndida figura, *su alma vive*, y está, en este instante, entre nosotros; y nos preside desde alturas más excelsas que la altura de la silla rectoral, puesto que nos contempla desde el cielo, donde, sin duda alguna, le esperaba su morada, y toma parte principalísima en este acto; y le da, con su espiritual presencia, una solemnidad mucho más grande que la que le diera su *alma humana*, cuando no se había aún desprendido de las ligaduras recias de su propio cuerpo.

A él, como a vosotros, va dirigido, por legal mandato, este seco fruto de mi endeble ingenio; y de trabajo tan modesto, por el hecho de ser ineludible, confiado espero, sino aplauso, aprobación, siquiera en atención al sentimiento que guió mi pluma al escribirlo, bajo el imperio de mi alma, hoy tan consternada al componerlo.

SEÑORES:

I

ESTA reunión esclarecida; esta asamblea majestuosa; este mismo salón que nos cobija; esta indumentaria medioeval: todas las esplendideces que nos aturden y deslumbran. Las Autoridades que con su presencia nos honran y enaltecen; las representaciones de tantas fuerzas vivas; el público escolar y no escolar, en quien toda edad y todo sexo hallan su representación más adecuada... Todo este aparato que cada año en este sitio, y en este propio día, se congrega, indica claramente, sin que necesite esforzarme en demostrarlo, que nos hallamos en un trascendental momento de la vida *ánimica* de nuestra noble patria.

En los instantes solemnes que ofrece toda vida, sea la del ser, de la sociedad, de una institución, de una congregación siquiera, domina una exaltación común a todos, que obrando como impulso de nuestras energías afectivas, comunica al conjunto un latido pasional, cuyas oleadas rítmicas, por necesidad engendradas, conmueven a nuestra alma, la templan

en su fuego, y vienen a fundirla en el harmónico concierto, de tan admirable como sublime isocronismo.

Hoy nos hallamos en uno de estos actos; en el más transcendental, más aparatoso, más gallardo, más viviente, del funcionamiento de la Universidad de Barcelona. No debo encarecer su magnitud: la misma hipérbole, al tratar de amplificarlo, conseguiría tan sólo reducirlo.

Estas energías que se contienen en nosotros, y que con el lazo de la común simpatía que nos une, vienen a constituir moviente estética, propia y exclusiva de este día, de esta hora, de este *templo*, ante cuyas aras se inclina toda frente, y cuyo incienso nos embriaga, y cuyo fuego poderosamente nos alienta: estas energías que nos conmueven y penetran hasta la médula del hueso, y ponen tensas nuestras fibras, y se apoderan de nuestra alma: estas energías son las que disparan los resortes infinitos de toda aptitud latente (pues ya cuando nacemos, guardamos, en estado potencial, las aptitudes todas que Dios nos ha confiado), para que se vayan desplegando durante las etapas de nuestra breve vida, y presentándose en forma real y manifiesta la característica peculiar a cada cual; ya sea ella científica, ya sea literaria; ya filosófica, ya artística; ora aventurera, quizá atrevida; tal vez altruísta o por acaso heroica.

¡Quién sabe donde terminará la ondulación que en el cerebro se engendrara, y que el alma recogió para transformarla en imagen, en idea, en juicio, en raciocinio, en movimiento corpóreo, para la realización cabal de un fin; que si tuvo su comienzo en el *espíritu*, se transformó en el *soma*, hízose otra vez conciencia

anímica, para venir en acabar, mediante series metabolizadoras, más tangibles, cada vez, en movimiento mecánico ostensible, medible y transformable!

¡Quién sabe lo que llegarán a ser en los alumnos, estas virtualidades infinitas, cuando el puro ambiente de las aulas las habrá vivificado, dando a sus potencias psicológicas, aire puro para que respire su alma, ávida siempre de una atmósfera sana, científica, limpia, santa y cristalina!

Pero por grandes que aparezcan estas admirables potencias impulsivas; es a saber, el libro, el maestro, la observación, el experimento, existe otra potencia superior a todas ellas. Podemos esforzarnos en negarla; podemos ignorarla, podemos olvidarla; pero todo será inútil: ella, con su formidable fuerza de expansión, nos elevará a las inmensas regiones del espíritu. No es tan sólo el entusiasmo por la ciencia o por el arte. Esto son concausas. ¡El *potencial* sublime que concentrado en foco intenso nace con nosotros, vive con nosotros y perece con nosotros; esta psicológica energía, es, señores, el amor a nuestra patria; a nuestra madre, a nuestra hermosa y nunca bastante encarecida España!

Por esto el día de hoy, es tan solemne. Porque la inauguración anual de un Curso, es la *Jura de la bandera*, en la nobilísima vida literaria.

En él viene a templarse el corazón, año tras año, en el radiante altar del holocausto patrio.

La *Jura de la bandera* es nuestra fogosa *profesión de fe*; es nuestro *Credo*. Es el destello más deslumbrador y más viviente de todos los latidos que el corazón del hombre, desde el momento en que nace, hasta la hora en que perece, dedica, aun sin saberlo, ni quizá

tan siquiera sospecharlo, a este pedazo de tierra donde vió la luz del sol por vez primera, al salir del obscuro recinto que ocupara, en las mismas entrañas de su propia madre.

La Universidad viene a identificarse con la patria: ella la distingue, la enaltece, la ensalza, la idealiza: la hace respetable, le da toda su vida, toda su fuerza, todo cuanto es, todo cuanto, en el terreno de la idea, vale.

Porque esta institución tan admirable, es escuela de sabiduría, fuente de adelantos, depósito de afirmaciones, dogmáticas a veces, otras siquiera concretas y precisas: archivo de pretéritas lecciones; palenque de las ideas; campo abierto a toda lucha inteligente: gimnasia del raciocinio, inventora de procedimientos, descubridora de verdades; norma de nuestro juicio; enseñanza de todo bien, y escudo impenetrable contra todo mal, contra todo error, toda vacilación, toda abulia, toda duda.

Por esto, porque la Universidad está identificada con la patria y porque es tan grande el amor que a la patria le debemos; por esto me propongo en el *Discurso inaugural*, deshacer todos los pliegues del tupido velo en que la gran riqueza de las universidades está envuelta: destruir prejuicios, desvanecer errores, combatir absurdos, hundir calumnias, sacrificando sólo en el santuario de la verdad más pura: exponiendo sin exageraciones ni temores, lo falso que hay en el concepto absurdo en que se tiene por un cierto vulgo a las Universidades todas, españolas: quitar el entredicho que con la pesadumbre de la nada, las abruma; y levantar enhiesto el nobilísimo pabellón de nuestra heroica España.

II

Ya veis, señores, si es original este discurso y si me propongo un trabajo de titanes. En él trato de hacer lo que parece un imposible metafísico: destruir un *grande error*, y edificar con el polvo de su derrocamiento, el admirable edificio de una *gran verdad*. Verdad que significa la reivindicación de nuestra patria: error que la convierte en una mancha negra, en el mapa intelectual del universo mundo.

Es que existe entre nosotros una fatal leyenda, que está flotando día y noche en nuestra atmósfera *Leyenda* que nos condena, nos humilla, nos abrumba y nos aplasta: infunde en nuestras almas el más triste desaliento; detiene nuestras espontáneas energías, nos roba, con la fe, toda voluntad y toda esperanza; nos encoge, nos aturde, nos doblega: vuelve vacilantes nuestros pasos, y cubre nuestra cara de rubor, cuando nos ponemos en contacto con Europa.

Bien sabéis, señores, en qué consiste esta *leyenda*: En España, según ella, no se enseña, y por consiguiente no se aprende y no se sabe. Las universidades españolas, sirven tan sólo para torturar al estudiante, haciéndole perder los años más hermosos de su vida. Las cátedras sólo son lugares en que se presenta el profesor para llenar una hora con discursos; los alumnos se ven forzados al estudio — puramente de memoria — de los apuntes, manuales o resúmenes o libros referentes a las lecciones de los maestros: ¡hoy se explica al asistente a cátedra, lo mismo que se explicaba veinticinco años atrás!

Y este inconcebible absurdo (por lo mismo que es absurdo y que en cerebro sano no se puede concebir), es admitido fácilmente: corre de boca en boca, sin quemar los labios que repiten tal blasfemia: y desde el niño, candidato a colegial, al estudiante, al alumno de Instituto, de Facultad, de Escuela, de Academia; hasta al padre, al encargado, al deudo, al huésped, al amigo, al conocido, va, a la manera de ráfaga de vapores mal olientes, cundiendo por todas partes, alcanzando los sitios más recónditos, circulando por las inmundas madrigueras, filtrándose por las rendijas más sutiles, para llegar a connaturalizarse en las ramificaciones de la cloaca colectora, y diciendo, con toda la acritud de su repugnante y nauseabundo vaho, que la asistencia a cátedra, es inútil; que el alumno aprende mucho más desde su casa. Y que es mil veces preferible enviar al joven un par de semanas o de meses a Francia, Suiza, o Alemania, para que alcance la posesión completa de una ciencia, en países donde la ciencia *cae* de la atmósfera para fecundar inteligencias, a la manera como la lluvia cae desde las nubes a la tierra, para fertilizar el *humus* en que germinarán las semillas de la planta: que es preferible este obligado viaje de ida y vuelta, tomando billete para viceversa — que por otra parte *viste* a la familia y al alumno — a la sujeción del pobre chico a una comparecencia inútil, esclavo de una disciplina bárbara y cruel; obligado a unos exámenes que vienen a evocar, en esta *edad de jóvenes*, el horripilante recuerdo de la atroz *cuestión* a que en tiempos ya remotos, era sometido el pobre reo, para los efectos de la declaración, con gritos y dolores arrancada, sin conciencia apenas de lo que sus labios trémulos, automáticamente musitaban.

III

Ya veis, señores, que al empezar quemó mis naves: ya no me es dable pararme en el camino: menos, retroceder, menos aun contradecirme. Podríais tacharme de presuntuoso o temerario, sino acertara a demostrar lo que anticipo. Sólo os suplico algunos momentos de atención; sólo os ruego me concedáis espacio y tiempo: nada más que el preciso, indispensable, para sacar del arsenal, algunas pocas de mis muchas armas.

Ya habréis previsto como mi *Discurso*, a falta de otras, tendrá una cualidad: la *cualidad de original*. Es lo único con que puedo agradecer vuestra atención; y estimo necesario que cuando el encargado de abrir la puerta a un curso nuevo es precisamente un maestro viejo, debe, si otra cosa no le es posible presentaros, buscar el interés para el débil parto de su seco ingenio, en la novedad siquiera del argumento que escogió. El argumento que es el *alma*, no envejece nunca: el *ropaje* que viste el cuerpo en que el espíritu anida, no debe ser cortado según el figurín recién salido; bástale con ser limpio, serio, holgado, de tonos apagados y de tela fabricada, a ser posible, en nuestro país.

En cuanto a este punto capital, os afirmo y asevero que no he de faltar a mi palabra: esta cualidad, no habrá de dejarlo ni un momento: irá anexa a su más íntima estructura: se alojará en sus entrañas; estará en sus moléculas y se identificará con sus átomos; le seguirá en todas sus fases, como la sombra fatalmente sigue al cuerpo.

Pues sabed, señores, que esta atroz leyenda es la que voy, sin pérdida de tiempo, a triturar. De ella, no quedará otra cosa que el recuerdo. Quién así os lo afirma y asevera, presta, como prenda, su inmaculada palabra de hombre honrado.

No la atacaré con raciocinios — hay gente que no entiende el raciocinio — sino con la fuerza irrefragable de los hechos. Estos no se aquilatan ni analizan: no se discuten ni se aprecian, no están sujetos a los artificios de la lógica. Estos, al ser presentados, se irán *naturalmente* colocando en su adecuado sitio: en la *presidencia*: en el *centro* de la panoplia, del conjunto de armas de que sabré valerme para salir vencedor en el litigio.

Ved, señores, si resultará original este discurso. que con sólo leerlo quedará desvanecida como el humo la infeliz novela, por cerebros analfabetos inventada. Os demostraré *que en España se enseña y que se enseña bien; que siempre en ella se enseñó*; que en lugar de tener que *européizarnos*, no estaría de más a buen seguro que Europa se asomara a nuestra España, para aprender un poco de lo que aquí se sabe: que no somos el arrabal de Europa ni la continuación de las tierras africanas; sino que en el inmenso buque representado por la tierra firme, anclado en las profundidades de los mares, somos la proa de esta Europa orientada siempre hacia el sol, que trata de esconderse en las profundidades del océano, así como las carabelas de Colón que solamente se guiaron por la excursión aparente de esta estrella colosal!

Ya empiezo en el prefacio a romper los moldes, por todo el mundo usados. Me detengo unos instantes, pues tropiezo con ciclópeo muro que se interpone en mi camino: retroceder fuera cosa de cobardes; saltarlo, de temerarios; buscar un portillo en su espesor, es de prudentes. Averigüemos, pues, si existe este portillo.

Debería comenzar diciendo, según uso legendario, que el asunto es muy superior a mis alcances; que éstos son mezquinos y que aquél es colosal; que mis talentos son escasos, mis aptitudes pobres, mi caudal modesto; mis energías casi nulas, mi figura muy borrosa, frente a frente a la gallardía y esplendidez de mi auditorio.

Pero si de tal manera me expresara ¿con qué autoridad, señores míos, podría yo ensalzaros, aseverando al mundo entero que las universidades españolas valen mucho, si quien tal cosa, arrogantemente declarara, comenzó por reconocer su mezquindad? ¿Quién haría caso de un pigmeo, que tratase de proclamar la inmensa altura de una desconocida raza de gigantes?

Así que, mal que me pese, no debo, en mi modestia, buscar la simpatía de mi científico auditorio; pues cada encogimiento de mí mismo, restaría fuerza a los argumentos con que cuento, para elevar según se merece vuestra talla, presentándola tal como es, ni más ni menos, a todo un pueblo, que no fuere capaz de reconocer tanta valía.

¿Podré deciros quizá que valgo mucho, a fin de aseguraros de mi capacidad para mediros? Esto fuera una herejía; pues además de no ser cierto, resultaría repulsivo, indecoroso y repugnante.

Entonces, ¿qué es lo que en tal conflicto cabe hacer? Permitidme, señores, una sencilla alegoría.

Preséntase en el trayecto de un camino, una ancha grieta, tortuosa, profunda, impracticable. El sol no la penetra, porque las tortuosidades se lo impiden; no se divisa el fondo del abismo; es un peligro y una mancha negra; es un desdoro; es un estigma.

Pero acude un pobre peón, y por espacio de más de medio siglo, va echando piedras en aquellas lobregueces; casi su vida entera la dedica a este trabajo. No es un héroe, no es un sabio; no es un santo: es la menor expresión de hombre que se puede concebir.

Y sin embargo, a su trabajo incesante, se debe el que el abismo al fin desaparezca: el abismo, con sus tinieblas obligadas y con la asquerosidad de los reptiles que hicieron de él habitación; a que el camino se haya convertido en practicable; a que el peligro haya dejado de existir. ¿Quién se acuerda del modesto peón? ¿Le calificaremos acaso de soberbio, si nos dice que su trabajo espantó la curiosidad, y convirtió el peligro del camino, en un paso franco y expedito, para conducirnos al punto en que termina?

Pues yo, señores, no soy otra cosa que este peón: más de medio siglo de mi vida lo he venido dedicando no a echar piedras al fondo del abismo, sino en extraer de lo más profundo del olvido, brillantes joyas de nuestra historia patria, con el único pensamiento, con la única obsesión, de construir una aureola de gloria, para adornar la frente de mi adorada España.

Para este objeto no he perdonado sacrificio alguno; apenas empezó mi adolescencia, comenzó mi entusiasmo por este santo suelo que me vió nacer. Comencé por comprar libros y esos fueron mis amores: cultivé el estudio de los idiomas sabios, con el único fin de entender lo que comprara; no transcurrió día sin que

lograra alguna buena adquisición... Y ahora, en mi vejez, he podido dar satisfacción a mis querencias, creando una rica *Biblioteca*, albergándola en una casa de que es exclusiva señora y sola dueña: aumentándola cada día, a pesar de ser ya muy importante, no tanto por el número de volúmenes, que a estas horas, a Dios gracias, pasan ya de veinte mil, sino por la calidad y rareza de la mayor parte de los escritos en ella contenidos.

Ella, señores, ha sido el arsenal donde he buscado las templadas armas para la defensa de mi amada patria; el calmante en mis horas de amarguras; casi el único placer que el mundo me ha ofrecido; el entretenimiento de mis largas noches; la distracción de mi tedio, el consuelo de mi insomnio. Ella ha sido la templanza de mis fiebres, el bálsamo de mis añoranzas, el opio de los dolores de mi cuerpo y la alegría inefable de mi alma. A ella se lo debo todo; pues que le debo hoy, en este acto solemnísimo, el tener en mi débil mano, la vindicación de mi adorada España, de las infamias y calumnias de que ha sido y de que sigue, aun en este mismo instante, siendo objeto.

La creación de esta biblioteca acudió a mi mente desde que me ocurrió adquirir el primer libro con el dinero destinado a juegos infantiles; y fué tomando cuerpo, y llegó a *adquirir estado*, desde el día en que empecé a *aprender, para enseñar*.

Apoyado en lo que mi Biblioteca me enseñó, puedo, y por tal motivo doy gracias al Altísimo, destruir la *leyenda* absurda, que cual niebla oscura, va velando nuestro sol incomparable; nuestra tierra hospitalaria; nuestros mares, a la par que dicha tierra, rebosantes de estupendas glorias legendarias.

No me es dable hacer aquí lo que quisiera: la escasez del tiempo y la oportunidad de la ocasión, no lo permiten.

No puedo reseñar las glorias españolas: ni siquiera extractarlas; ni aun enumerarlas. Un año académico no fuera suficiente para la sola lectura del catálogo.

Así que, mi papel en este caso, habrá de limitarse a la modestísima maniobra de levantar apenas el tupido velo del gran teatro de las hazañas españolas, para mostraros en pequeñísimo intersticio, la portentosa variedad, el fabuloso número, la increíble magnitud de las pasmosas joyas del *haber* de España, que tanto nos honran a sus hijos y que tan olvidadas las tenemos, y de las cuales tan poco caso, habitualmente hacemos.

IV

Y ahora, señores, antes de comenzar la relación de nuestras glorias, séame permitido exhalarme en un *apóstrofe*, que no va dirigido a ninguno de los que me honráis con la asistencia; ni a los que de buena fe vienen a suponer que España está atrasada; ni a los que repiten sencillamente lo que oyeron; ni siquiera, a los que hablan por hablar, sin elemento de juicio en que fundar su aserto; ni a quienes por espíritu de censura y natural oposición, abominan de todo lo de *casa*, y, a veces, estando lejos de ella, lo defienden... ¡Apunto solamente a los pobres hispanófobos, que allí donde vislumbran glorias nuestras, acuden con su espesa baba a empañar su brillo hasta ocultarlas, ya que no les es posible anonadarlas! A esos que creen honrarse proclamando que todo lo español es desechable.

Descartadas ya todas estas excepciones, y sólo dirigiéndome a quienes estiman que les honra el título de malos españoles, que por su voluntad se han otorgado (quizá creyendo que el sencillo vulgo les tendría a ellos en más, desde el momento en que a nosotros tendríanos en menos), voy, como español de pura raza, sin embages ni rodeos, a decirles sencillamente lo que son, frente a frente a lo que es la grande España.

Preparad los microscopios *ad usum stultorum*, vosotros, los que, cual gusanos de la tierra, sólo os sentís en vuestro centro, cuando os halláis en una habitación de podredumbre. Dirigid este instrumento a las universidades españolas, y gozad — pues que de tal cieno sois formados—cuando os figuréis haber hallado alguna opacidad, apenas perceptible, en el ambiente puro, que en estos santos centros se respira. Haced esto, si esto os place; que yo os afirmo mientras me dé Dios vida y aliento, que os iré combatiendo en todas partes; levantando el antifaz de vuestra cara, deshaciendo vuestros planes; diciendo al mundo entero quienes sois, cual fin os proponéis, de qué calumnias os valéis, de quienes tal vez sois instrumento. ¡Cuán triste pasión la de la envidia, cuando anida en un abúlico que no sabe transformarla en noble estímulo!

Los que no queréis o no sabéis pensar, prefiriendo que cualquiera piense por vosotros, *estáis creando y destruyendo* la generación inocente que vive en nuestra tierra: la generación de hoy; los niños que mañana serán hombres; los hombres que serán viejos escépticos. Los que sufrirán el martirio que acaba de abolirse para las chinas en los pies, ellos vendrán a sentirlo en sus propios corazones; porque los encerráis en tablillas para ahogar con tal tortura, los latidos espontáneos,

joviales, francos, patrióticos, tumultuosos, infantiles. ¡Corazones desecados, convertidos en máquinas perfectas de impulsiones siempre iguales, para que lancen con certero automatismo, al cuerpo entero, la misma sangre que el cuerpo les confió, sin que el estado del alma influya nunca en la regularidad mecánica de sus acompasados movimientos! Los convertís en cuerpos de bomba provistos de sus émbolos, con sus válvulas, sus bielas, sus excéntricas... Pero ¡si una máquina así, no vale nada! ¡Si cualquier técnico os la construirá mejor! ¡Si pagándole bien, os la fabricará de plata, de oro o de platino! ¡Gran triunfo, cuando, separando vuestros hijos del hogar, arrancándoles del regazo de su madre, los confiáis al suelo, a la lluvia, a la nieve, al frío, al calor, al huésped, a los hombres, que no conocéis, de los países extranjeros, adonde, para que mejor aprendan a olvidaros, les enviáis! ¡Si esto lo hace el pájaro, cuando lanza al hijo del nido en que nació!

Esto hacéis: con ello contribuís al gran absurdo de la generación que abomina de sí misma: que valiendo mucho se da casi por nada; que siendo grande, se achica; que buena, se malea; que seria, se burla de sí propia. La que cambia sus glorias por minucias; la que convierte en humo la grandeza; en carbón la estatua de Minerva; la que se apodera aún de este carbón y lo convierte en ceniza, para que el viento sea cómplice del proceder iconoclastico; la que mancha la blancura de la nieve; la que el oro que descubre, por ser oro español, lo sujeta al agua regia, para convertirlo en sucio líquido de un indefinible color abigarrado!

¿Queréis que os comunique una noticia de trascendencia suma, vosotros, los padres, tutores, o encargados de los estudiantes españoles?

Preparaos, porque os váis a sorprender.

Sabed que *esa cosa* de enviar a dichos jóvenes a Francia, Alemania, Inglaterra, Suiza o Italia, un par de meses, por ejemplo, resulta ya hoy en día algo atrasada. Si en un discurso como este, el vocablo me fuera permitido, escribiría el calificativo *cursi*. La respetabilidad del acto me lo impide, aun cuando el *Diccionario* lo autorice. Porque para que lo sepáis, y nunca en vuestra vida lo olvidéis, en este *momento histórico* preciso, la tendencia progresiva huye de Europa, marchando decididamente hacia la América. Hoy por muchos se consideran atrasadas las universidades del viejo continente; hoy entre los mismos europeos que se ocupan en asuntos pedagógicos, los hay que empiezan por abominar de todo cuanto en la vieja Europa se practica. Hoy se apunta hacia el Atlántico; el centro de mira está en la América del Norte; las estrellas de primera magnitud se llaman Cornell, Harvard, Idaho, Yowa, Pensylvania, Yale, Columbia, Princeton...

Así que, os repito una y mil veces que con estos obligados viajes de vuestros hijos, *para huir* de las enseñanzas españolas, no habéis logrado lo que quizá pensábais: no habéis llamado la atención del orbe; a nadie habéis asombrado con un acto tan heroico, y con un desprendimiento tan pasmoso. Vuestros hijos han salido — si salieron — de su patria; y las esferas no han temblado, ni el sol se ha obscurecido, ni la luna se ha velado... ni nadie se ha ocupado en ellos... *ni en vosotros!*

¡Cuántas ilusiones os hicisteis, cuando facturasteis vuestros hijos para una ciudad, con Universidad extranjera!

V

Existe hoy un patrón, al que todo, al parecer, debe amoldarse. La última palabra de la ciencia; la consigna, la característica de hoy, consiste en la abominación completa del discurso y en la substitución del *verbo*, por el *hecho*: es decir, por la observación y por la experimentación. En otros términos: menos ciencia y más práctica; menos cátedra y más laboratorio; menos cerebro y más manos. Y esto lo repiten convencidos, aun aquellos que no saben lo que es una cátedra ni un laboratorio ni un libro ni un discurso.

Tal herejía, es, señores, la nota dominante de este siglo.

Pero yo pregunto a todo el mundo ¿qué es la práctica sin la ciencia?

Y sin quererlo, y sin darme casi cuenta de ello, se aparecen a mi mente las observaciones y los experimentos que precedieron a la parte dogmática de toda ciencia experimental.

El experimento, si va *solo*, nos hace *retroceder* un gran número de siglos; todo son tanteos, pruebas, ensayos; son las *Tablas votivas* de las enseñanzas de Gnido y el empirismo de Coos, los trabajos de los alquimistas; los ensayos de colores, de los artistas medioevales. Son la ciencia, cuando trabajosamente se fatiga, en *comenzar*; son los esfuerzos de *Sisifo*; la pérdida de tiempo; el derroche de los medios necesarios para la experimentación científica. Son un *principio* que *nunca* tendrá *fin*...

En cambio, si se empieza por el discurso, y éste recibe el gran refuerzo del experimento, la ciencia avanza siempre, puesto que pasa siempre de lo conocido a lo desconocido. Los experimentos, vienen, señores, a constituir los sólidos *jalones* que impiden el desvarío de la mente; los diques que vienen a oponerse al retroceso; las pruebas matemáticas de que lo que se dijo era fiel expresión de la verdad.

No puedo ser sospechoso de adversario del experimento, cuando fui yo el que creó la parte experimental de la asignatura de *Fisiología humana*, en la Facultad de Medicina de esta Universidad de Barcelona, en el año de 1876, a raíz de haber ganado en noble lucha de oposición esta cátedra, que por la gracia de Dios, todavía desempeño. Hice esfuerzos heroicos para procurarme medios. El Estado me dió lo que buenamente pudo; lo restante púselo yo de mi peculio propio. Y desde entonces, siempre en mi cátedra se ha dado la más grande importancia a la experimentación. Antes que yo, dos ilustres profesores que me precedieron, y que más que yo valían, hicieron lo posible para trabajar en tal sentido y trabajaron algo. Pero yo tuve la suerte de contar con fondos que me permitieron adquirir instrumentos y aparatos, base primera de mi arsenal de hoy.

Al experimento, pues, le tengo en grande estima; pero nunca solo; sino siempre acompañado de una clara explicación. También en Europa se experimenta en grande escala, pero jamás se llega a la prodigalidad y derroche de las universidades de la América del Norte.

Por tal motivo la *moda modernísima*, ha rezagado al cuarto oscuro de los trastos viejos, todo cuanto huele a vetusteces y miserias andrajosas de nuestra

mugrienta, pringosa y destrozada Europa (según repertorio delicado que ciertos modernistas hurgando en las fosas donde reposaba la fraseología de algún clásico de siglos xvi y xvii, hallan adecuado a su especial cultura); por esto algunos modernistas se han lanzado a la adoración de la América moderna, para poder afirmar que siendo aquí todo pequeño, no caben ellos — grandes hombres — en tan mezquinas, tan estrechas, tan encogidas y tan miserables latitudes!

A vosotros *padres juveniles*, que aspiráis a formar *hijos decrepitos* arrancándoles, con sus corazones, el inefable amor hacia la patria; a vosotros los hombres de hoy, los del positivismo, a vosotros me dirijo preguntándoos ¿no os fascinan por ventura los millones? Pues tened por indudable que los montones de oro que han abocado a las universidades de la América, esos archimillonarios, llamados Pierpont Morgan, Wyman, Mac Cry, Leleland, Stanford, Wandesbilt, Seth, Low, Rockefeller, y tantos otros como residen allá en aquellas tierras, formarían, derramados en el suelo, una pirámide de dollars, a cuyo vértice ni vuestro pensamiento alcanzaría.

Pues todo esto, y lo que da el Estado, y lo que pagan los alumnos, va destinado exclusivamente a la propagación de la enseñanza. No os deslumbréis, pues, por lo que os digan, respecto a las universidades europeas, *no españolas*. Ya que sin saber quizá lo que sea el experimento, sois de él tan entusiastas y adoradores tan fervientes; considerad lo que en cuestión de experimentos podrá hacerse, en un país donde el oro se pisa, se toca, se respira, se derrama; envuelve al individuo, y no le deja ni en sus sueños, y no le abandona ni en su muerte.

Yo también soy entusiasta de la Universidad americana. Pero no al estilo de vosotros, ni tampoco de todo lo que en ella se practica.

Me entusiasma el *ideal* en que se funda. No es muchas veces, como es entre nosotros, un *palacio* de la ciencia, sino una ciudad de algunos miles de habitantes, formada de *edificios*, en ciertas localidades muy suntuosas; rodeada de toda la exuberancia de la llanura americana; con sus esplendideces, que en ocasiones son frondosos bosques, en otras prados, también torrentes, grutas, ríos, lagos y cascadas. Allá viven millares de estudiantes; allá sus profesores, allá se agita la familia. bulle el corazón, se expande el alma. Y así la educación y la instrucción, alternan con el juego, el ejercicio, el compañerismo, la promiscuidad más inocente. ¡Y sólo hay un deseo cuando el día acaba, y es el deseo de que venga pronto el día de mañana!

Sin embargo, de que digo, tal como lo siento, que esta nueva enseñanza me enamora, me es preciso confesar *que no la cambiaría por la nuestra*.

¿Por qué? Ante todo porque no estimo procedente que sea el estudiante quien se forme el plan de estudios, como allá sucede; en segundo, porque según acabo de indicar, no creo conveniente que el experimento lo sea casi todo.

Lo mejor que encuentro en la Universidad Americana, es el aspecto altruísta, humanitario, filantrópico, caritativo, de la moderna forma que se ha convenido en conocer con el nombre gráfico de *extensión universitaria*.

Esto sí que es admirable. La *Universidad inmensa de ultramar*, a la manera de un *punto* del espacio, en el cual el telescopio nos descubre varios soles; siempre

activos, siempre centelleantes, constantemente iluminando regiones más oscuras: ella también siempre viviente y siempre activa se hace sentir hasta en los confines más remotos; a todos lleva su luz y su calor; todo lo arrolla; todo a su dominio lo sujeta; en su potente torbellino, son llevados todos los elementos de instrucción; lo mismo la biblioteca que el museo. Echa mano de cualquier clase de medios: hasta los wagones de aquellos trenes colosales transportan con el maestro el material más enorme de enseñanza; penetra en el asilo, en la fábrica, en el hospicio, en las cuadras del taller, en la escuela, en el hospital y hasta en el templo; hasta en medio del campo, sin otras paredes ni otros techos que la tierra, el cielo, el horizonte; va hacia donde sabe que podrá encontrar un núcleo de hombres, ávidos siempre del pan del alma, tan importante como el pan del cuerpo.

Ya véis, pues, padres y demás señores referidos, como hay cosas mucho mejores que aquellas que creáis la última palabra de la *novedad novísima del ultramodernismo*.

Pero voy a amargar tal vez vuestro entusiasmo, cuando os diga que esta hermosa idea de *extensión*, tan alabada hoy por todo el mundo, hace ya muchos días que se viene practicando entre nosotros; y no solamente esta extensión de la palabra hablada sino del *verbo* acompañado de la *acción*; y ésta, siendo el *motor* del funcionamiento material, pues se ha hecho uso de aparatos, instrumentos y figuras pertenecientes todos al *Estado*.

No tengo derecho a callar, pues se trata de mi patria. Apenas acabé de licenciarme en Medicina, por los *remotos tiempos* del 69, y siendo rector el gran sabio

Antonio Bergnes de las Casas, unos cuantos jóvenes titulares pertenecientes a diversas Facultades, inauguramos una enseñanza gratuita, destinada exclusivamente a los obreros. Creo que de aquellos jóvenes de entonces — pues por más que os parezca raro, también los viejos hemos sido jóvenes — creo, digo, que entre aquellos jóvenes de entonces únicamente hemos sobrevivido dos. El uno es el conspicuo periodista y escritor eximio, D. Teodoro Baró, y el otro, señores míos, es quien con tales cosas viejas os viene a entretener, para divertir vuestro ánimo de otros asuntos de mayor cuantía. Don Teodoro Baró, explicaba (si la memoria no me engaña) Derecho Civil Español y Economía política. Yo. Anatomía, con aplicación de la Fisiología y a la Higiene individual. Aquel digno rector puso a disposición de cuantos nos estábamos ensayando en la enseñanza, los gabinetes, museos, laboratorios, instrumentos y aparatos, del ruinoso edificio que en la calle del Carmen existía, en aquellos tiempos de la *edad pretérita*. Las lecciones se daban todos los días festivos a las ocho de la mañana. No dí una tan siquiera sin demostrar, por medios prácticos, todo aquello que explicaba. Las aulas todas rebosaban de jóvenes obreros, que de varias localidades acudían; la atención, tan ejemplar, que no he visto jamás otro auditorio, que, en corrección, al auditorio obrero superara.

Ya véis, pues, como en España, tampoco es cosa enteramente nueva lo que vosotros, hispanóforos, admiráis cándidamente en otras partes.

Y si ahora yo, que hablo siempre en serio, os puedo manifestar francamente mi opinión (en esta esfera contradictoria de opiniones), os diré que siempre que algún amigo pide consejo a mi experiencia respecto a lo más

conveniente sobre la instrucción de su hijo, le digo: que estudie la carrera en una Universidad española; una vez esta carrera terminada, que le *suelte* un poco por esas clásicas universidades europeas, para que se haga cargo de todo cuanto sea perfección en los centros de la veneranda madre que nos es común a todos; pues en Europa debo aseguráros que también existen centros admirables de cultura intelectual, que bajo el concepto de ciencia, arte, literatura, etc., nadie hasta hoy ha superado. Y finalmente, que si es rico para tanto, le mande un par de años a los Estados Unidos, en donde vivirá en una atmósfera completamente diferente; para que después de aprender de aquellos hombres de ultramar, venga a contribuir a nuestra propia perfección importando en nuestros troncos viejos, alguna yema de aquellas tan vigorosas y lozanas, que por todas partes van brotando en las Américas.

¿No os habéis arrepentido todavía de los absurdos que vuestro labios profirieron? ¿No sentís remordimiento por el mal, que a vuestra patria estáis haciendo? ¿No tenéis corazón? ¿carecéis de alma?

Pues voy a ver si puedo conmoveros: es un acto de caridad por lo que a vosotros se refiere; un deber sagrado, por lo que a la misión que ejerzo corresponde.

No os recomiendo que escuchéis este discurso, pues ninguno de vosotros tiene por costumbre asistir a tales actos. Pero os encarezco, sí, que lo leáis; aun cuando sea a escondidas; cerrando las puertas para que vuestros colaboradores en el descrédito español no os hagan avergonzar de veros ocupados en cosa tan trivial y desusada.